

Llenas de vida las tinajas  
que el tiempo abandonó  
en el rincón más escondido  
y oscuro de la casa  
y adornas con su brillo  
un patio adormecido  
y mi melancolía que se oculta  
en la profunda niebla del olvido.  
Qué rotunda y bella tu figura campesina.

(El Castaño cobra vida)





Plantada sobre el mar que quema  
la raíz de su soledad  
la higuera se desborda  
en la intensidad de sus hojas  
sin que nadie contemple  
la madurez de su fruto caído.  
Sólo el pájaro tiene piedad de mis palabras.





## VIVIRÍA AQUÍ

Viviría aquí en el misterio  
de esta casa prestada.  
Viviría así preso  
en el silencio de su patio  
que esconde los vestigios hondos  
de un pasado que intuyo  
con lluvia y con pasión.  
Viviría esta inmensa luz  
que no quema la piel  
pero deslumbra con su herida  
de colores quebrándose  
hacia la noche.  
Viviría entre los fantasmas  
que en sus viejas paredes  
y profundos rincones  
habitan con claro respeto  
junto a las salamanquesas y las telarañas.  
Viviría aquí entre los higos  
caídos y los limones que nunca maduran.  
Entre el pozo ciego y la alberca  
pequeña que descubren  
con mansedumbre todos los recuerdos.  
Viviría en esta casa vieja  
con el olor extraño de otras gentes  
y el entrañable poso de sus vidas.  
En este paisaje desnudo  
de tristeza y poblado de sentidos.



Convertiría este lugar  
en el refugio en que guardar  
nuestro cansancio.  
En el hogar propicio de tenerte.  
En el mapa final de recorrerte.



QUÉ HAGO YO

(En El Castaño, leyendo a Jacobo Cortines)

«Te agradezco lo dicho y que me cedas  
la palabra que tomo entre temblores  
de no saber usarla» (Jacobo Cortines).

Qué hago yo en esta tarde  
tibia de agosto que agota sus horas  
en un patio tranquilo y fresco  
rodeado del aire de la sierra  
leyendo los poemas y las notas  
al margen de un poeta  
naturalista y pasional.  
Por qué no miro yo mismo las hojas  
de la parra o el limón aún verde  
la alberca que derrama por su caño  
el agua fría en una huerta  
que alberga mi consuelo.  
Los propios cerros que rodean  
con alma mi paisaje.

Qué hago nutriéndome de las palabras  
tan bellas y precisas  
que me cede el poeta  
en lugar de levantar mi mirada  
y simplemente observar lo que pasa  
que todo pasa y apenas pasa nada  
en esta casa prestada que habita  
mis días de verano.



Y escuchar simplemente lo que se oye  
que todo se oye y nada se oye.  
Que la golondrina pasa y no pasa  
y que la abeja está y no está  
pero su zumbido es como el susurro  
inesperado del silencio.

El poeta contagia sin embargo  
su mirada profunda  
y su propio paisaje.  
Su voz encendida y sus nieblas.  
Confundo sus recuerdos con los míos  
y sus montes se tiñen del reflejo  
enrojecido de mi cielo.  
El pájaro que canta  
en su verso no es el que yo oigo  
pero acaso es el mismo.

Como acaso el mismo es este crepúsculo  
que va oscureciendo la luz  
de sus palabras y alejando así  
también el nombre de las cosas  
que cruzan mi horizonte.

Sin muros ni fronteras  
los versos se entremezclan  
rotundos con mi historia.

